

Massó Castilla, J. (2024) *Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy: Mito y ficción de la política*, Barcelona: Gedisa, 138 pp.

Un libro es un dispositivo que hace venir nuevas posibilidades de relación, por eso tiene siempre algo de aventurero. Quien lo escribe no puede calcular ni prever ese flujo de relaciones que se van abriendo a su paso; y esta reseña no será sino el trazado de alguno de esos pasos que, como es de rigor, se prolongarán sin fin en cada lectura atenta y por venir. De hecho, la finalidad de esta nota no es otra que darlo a conocer a otros lectores, señalar un lugar de interés donde surgirán nuevas relaciones.

Si se permite una cierta desavenencia en esto de las reseñas, comenzaremos por el final. Se trata de unas palabras de Jean-Luc Nancy citadas y comentadas por Jordi Massó al final de su libro:

No nos parece que sea casualidad el que la tragedia se haya perdido, al igual que la democracia de Atenas. Creemos que ha sido reemplazada por un drama entregado a sensaciones y sentimientos carentes de un sentido de existencia.¹

Y comenta Jordi Massó a renglón seguido:

Así que, si de recuperar el sentido perdido de la democracia se trata, y si ello implica replantearse los procedimientos y objetivos de la política, y qué significa su subordinación al poder económico y técnico, no queda más remedio que acudir, de nuevo, a su carácter trágico, esto es, a lo que tiene de fenómeno de puesta en escena; de fenómeno representativo. (p. 122)

Efectivamente, esto es precisamente lo que condensa una importante intención del libro. Y es que, a través de las enseñanzas de los dos autores, Philippe Lacoue-Labarthe (filósofo de reconocida pasión por el teatro) y Jean-Luc Nancy (filósofo del cuerpo y de la imagen), ambos fundadores del *Centro de investigaciones filosóficas sobre lo político*, se quiere ayudar a recuperar el sentido perdido de la democracia (y, en consecuencia, también de lo político en cuanto esencia misma de la política). Para ello, el libro lleva a cabo una lectura concienzuda y al tiempo clara y bien organizada de la obra de estos dos autores, focalizando dos nociones que recorren su obra: el mito y la ficción de la política. Porque «no queda más remedio que acudir a lo que la democracia», y la política por tanto, tienen de «fenómeno de puesta en escena; de fenómeno representativo».

En este caso, Jordi Massó trenza los argumentos para formar una trama donde se tejen estética y política. Por nuestra parte, en esta reseña analizaremos alguno de los hilos con los que el libro fabrica su tejido.

¹ Nancy, J-L., «For Philippe: The conversation Resumed (Ten Years Later)», MLN, Johns Hopkins University, 132.5, 2017, p. 1147.

Si por ir directamente a ese entramado tuviéramos que exponer en una frase el conjunto del libro, diríamos que se trata de un drama, de un drama en tres actos donde se pone en obra una profunda reflexión en torno a una crónica: la crónica de la crisis de la representación, tanto en el sentido teatral, escénico, como en el sentido político. En ese drama además de una reflexión se plantea un manifiesto, uno donde se expone la necesidad y la exigencia de una nueva forma de política que esté más allá de cualquier fundamento, como certeramente introduce y explica en el prólogo la filósofa y directora de la colección de Pensamiento Político Posfundacional de la Editorial Gedisa, Laura Llevadot.

Y bien, estos serán los hilos de nuestra reseña de lectura:

El nudo:

¿Cómo se vinculan estética y política? O, dicho de otra manera, ¿por qué el autor ha elegido escribir un drama? Quizás la respuesta sería que lo ha hecho porque ha sacado la lección propuesta por los dos filósofos objeto de su estudio, y sabe que la literatura lleva consigo la interrupción del mito, esto es, la interrupción del operador identitario de la comunidad, del operador mediante el cual se configura, se da representación, figura, a la identidad colectiva, a la unidad comunional. El mito como origen, como fundamento de la comunidad y, en ese sentido, un habla plena que se dice a sí misma y que revela y opera el origen de la comunidad.

Sin embargo, la literatura, o la escritura si se prefiere, parte de un distanciamiento con respecto a esa habla plena, parte y opera en la interrupción del mito. Es la literatura quien dice «el mito es un mito», una ficción, y, por consiguiente, esa interrupción del mito lo es de la unidad identitaria y comunional, y es ya ruptura con el origen: decir interrupción del mito es decir interrupción de la comunidad.

La trama de la representación:

Pero hemos anunciado que íbamos a sacar, a entresacar, analizar o desanudar, si se quiere, alguno de esos hilos, y se ha dicho que el drama que este libro pone en escena es la crónica de una crisis, crisis de la representación. De ahí que sea preciso subrayar que la representación significa una ruptura con la presencia, con la plenitud de la presencia, con la identidad unitaria de la presencia. Y aquí el libro se interna en los rigurosos análisis de Philippe Lacoue-Labarthe. En cierto modo toda subjetividad está constituida por un fenómeno representacional que, al tiempo que le da al sujeto una figura, a su vez lo marca con la señal de una ficción, de una representación. El mecanismo del *autos* es un mecanismo ficcional que implica ya una pluralidad, un *re* de la presentación, una repetición en el origen, una *representación* por la cual el sujeto se hace, se ficciona, se da una identidad, lo quiera o no, lo sepa o no. De aquí que busque identidad en el mecanismo mimético que le brinda la figura mítica. Pero la interrupción insiste y el sujeto desiste de ser único, indiviso e idéntico a sí mismo.

Esta fractura representacional, esta representación que no copia un origen sino que es ella ya en el origen, le es implícita a todo sujeto individual o colectivo: Estado, Pueblo, Raza, Comunidad.

El desenlace:

Podría decirse entonces que hay en el origen mismo de la comunidad una interrupción, una instancia o una tensión que no hace obra en ella, un *désœuvrement* que la pone en vacancia y la deshace, que la condena a la disgregación o a la muerte

comunal, pero, al tiempo, le da su posibilidad. En cierto modo habría que decir que la comunidad contiene una imposibilidad de realización, de obra. Y esto atañe a toda comunidad, si la hay.

Eso significa que no puede enfrentarse algo así como la comunidad comunal, identitaria, a la otra comunidad, a la comunidad en *désœuvrement*, o en desobra, (por decirlo en los términos de la traducción al español en la edición de Arena-Libros². Porque no son opuestas. Más bien, el *désœuvrement* opera en toda comunidad, si la hay, y eso afecta a todas sus fuerzas y tensiones de cohesión, de identidad, pero asimismo hace posible la comunicación, lo en común.

Por lo tanto, no hay desenlace concluido, el deshacimiento (el análisis también) es interminable, y la comunidad identitaria es más bien un deseo de identidad comunitaria, un deseo que, como todo deseo, se interrumpe en el objeto de deseo. Y si hubiera entonces que dar un nombre a la gestión de ese *désœuvrement* que interrumpe el mito, que opera con una representación en crisis, que se sabe jamás unitaria e idéntica, sería democracia, sí, pero *democracia infinita*.

Telón.

Por último y para reseñar las inquietudes e interrogantes que tanto el autor como la autora del prólogo plantean en su escrito, tal vez quien lo lee podría preguntarse, ¿para qué sirve ese hallazgo sobre la comunidad? ¿Qué hacer con él? ¿Tiene alguna aplicación práctica o normativa? Y quizás también habría que responder que el pensamiento posfundacional que en este libro y en esta colección se plantea tiene una incidencia directa en la política, en la praxis política, al menos por las siguientes razones:

1. Deslegitima el prestigio y la pretendida evidencia que se cree asiste a las estrategias que demandan unidad en aras de la identidad de la Nación, del Pueblo, del Estado, de la Cultura, de la Clase o de la Democracia.

2. Deslegitima en política el recurso al régimen y al sentido de pertenencia a una comunidad de los presentes: el nosotros/nosotras frente al ellos/ellas. La pertenencia tiene siempre debajo una ficción, el mito de la comunidad. Toda pertenencia es insegura.

3. Aun así, la comunidad sin mito es a su vez un mito. No hay política sin ficción, porque tampoco hay una verdad de la comunidad como tal. O, dicho de otra manera, los límites de la comunidad, si la hay, nunca están claros.

Todo esto exige un modo distinto de hacer política, sin doctrinas normativas o ideológicas usadas para cubrirse las espaldas. Un modo de hacer política de responsabilidad y, por consiguiente, de responder sin coartada, sí, sin coartada. Tal vez sea este su carácter trágico.

Ahora caemos en la cuenta de que el drama del libro es que es un drama sobre el drama, o sobre el drama de la política como drama, una representación sobre la noción de representación que asimismo representa la política como representación. Puesta en abismo de la representación, representación de la representación de la representación, círculo que no cierra, que no termina de cerrar y que, por tanto, requiere, y este es el llamamiento de la presente reseña, nuevas lecturas en diferencia, en democracia sin fin, infinita, porque:

² Cfr. Nancy, J.-L.: *La comunidad desobrada*, Madrid, Arena Libros, 2001.

si de recuperar el sentido perdido de la democracia se trata, y si ello implica replantearse los procedimientos y objetivos de la política, y qué significa su subordinación al poder económico y técnico, no queda más remedio que acudir, de nuevo, a su carácter trágico, esto es, a lo que tiene de fenómeno de puesta en escena; de fenómeno representativo.

Julián Santos Guerrero